

---

---

# *El estado de la nación*

ANTE EL PLENO DEL CONGRESO DE LOS  
DIPUTADOS  
MADRID, 24 DE MARZO DE 1992

---

Señor Presidente, señoras y señores Diputados: antes de comenzar un debate estrictamente político que, como tal, conlleva necesariamente discrepancias, por otra parte lógicas, y controversias entre distintas posiciones y entre distintas visiones de las cosas, quiero plantear una cuestión previa. Me refiero al terrorismo.

Si lo hago aquí, al principio, queriendo de alguna forma sacarlo de la confrontación meramente política de nuestras posiciones, es porque pretendo que en este punto no se produzca ni la menor fisura ni la menor señal de enfrentamiento entre todos y cada uno de los grupos. Repito: entre todos y cada uno de los grupos que representan al conjunto de la sociedad española. Soy de los que cree que esta cuestión no la podemos considerar ni mucho menos convertir en instrumento arrojadizo de unos contra otros y también soy de los que cree que no puede ser objeto en ningún caso de confusión ni de ambigüedad. Y, como ha dicho el señor González esta mañana, nó se debe confundir. Pero para

pedir que los demás no confundan, cada uno de nosotros tiene, a su vez, que evitar caer en la más mínima señal de confusión.

Señorías, no se puede hablar con la muerte. No se puede conversar ni negociar con los que matan, ni directa ni indirectamente. No se puede dar nunca la impresión de que se está jugando con todas las cartas al mismo tiempo. No se puede ceder nunca ante la extorsión de la violencia. Los acuerdos que se firman están para ser cumplidos y para ser respetados, y eso es lo que nosotros queremos, que se cumplan y se respeten los acuerdos que se han firmado. Si después de esto —yo no lo quiero y mi grupo no lo desea— se modifica la llamada autovía de Leizarán tenemos que tener claro que los violentos han ganado y que todos los demás hemos perdido. Si eso ocurre, ¿cómo pedir confianza, por ejemplo, a las fuerzas de seguridad del Estado, que respaldan con su vida la seguridad de todos, si no tienen la garantía de que, al mismo tiempo y a sus espaldas, no se conversa con los asesinos? ¿Cómo pedir solidaridad si se le niega a quien más la necesita? ¿Cómo parar la tragedia del crimen y de la extorsión si se pliega uno a su exigencia?

Señor Presidente, la victoria de la razón, de la dignidad y de la vida será difícil, pero es el único camino para el triunfo. Por eso los asesinos y los que les apoyan tienen que estar convencidos de que con sus métodos no van a conseguir nada. Por eso, como cuestión previa, en el umbral de esta intervención, espera y desea el Grupo Popular que de aquí salga reforzado el tajante compromiso de que no hay nada que tratar ni que hablar con los que matan y con sus cómplices.

Señor Presidente, esta mañana —debo decirlo— hemos asistido, en gran medida atónitos, a la intervención del señor González. Era la intervención de alguien que quería hacer una especie de discurso de investidura diciendo: “Vengo aquí de nuevo. No soy yo: sino que debe ser otro el que lleva gobernando España durante nueve años y no soy responsable absolutamente de nada. No me pidáis ninguna responsabilidad”. Tengo que decir que para desparpajo no

pedir que los demás no confundan, cada uno de nosotros tiene, a su vez, que evitar caer en la más mínima señal de confusión.

Señorías, no se puede hablar con la muerte. No se puede conversar ni negociar con los que matan, ni directa ni indirectamente. No se puede dar nunca la impresión de que se está jugando con todas las cartas al mismo tiempo. No se puede ceder nunca ante la extorsión de la violencia. Los acuerdos que se firman están para ser cumplidos y para ser respetados, y eso es lo que nosotros queremos, que se cumplan y se respeten los acuerdos que se han firmado. Si después de esto —yo no lo quiero y mi grupo no lo desea— se modifica la llamada autovía de Leizarán tenemos que tener claro que los violentos han ganado y que todos los demás hemos perdido. Si eso ocurre, ¿cómo pedir confianza, por ejemplo, a las fuerzas de seguridad del Estado, que respaldan con su vida la seguridad de todos, si no tienen la garantía de que, al mismo tiempo y a sus espaldas, no se conversa con los asesinos? ¿Cómo pedir solidaridad si se le niega a quien más la necesita? ¿Cómo parar la tragedia del crimen y de la extorsión si se pliega uno a su exigencia?

Señor Presidente, la victoria de la razón, de la dignidad y de la vida será difícil, pero es el único camino para el triunfo. Por eso los asesinos y los que les apoyan tienen que estar convencidos de que con sus métodos no van a conseguir nada. Por eso, como cuestión previa, en el umbral de esta intervención, espera y desea el Grupo Popular que de aquí salga reforzado el tajante compromiso de que no hay nada que tratar ni que hablar con los que matan y con sus cómplices.

Señor Presidente, esta mañana —debo decirlo— hemos asistido, en gran medida atónitos, a la intervención del señor González. Era la intervención de alguien que quería hacer una especie de discurso de investidura diciendo: “Vengo aquí de nuevo. No soy yo: sino que debe ser otro el que lleva gobernando España durante nueve años y no soy responsable absolutamente de nada. No me pidáis ninguna responsabilidad”. Tengo que decir que para desparpajo no

el PSOE quien estableció la costumbre de repasar anualmente el estado de la nación y que, poco más o menos, deberíamos estar agradecidos a su magnanimidad al celebrar este acto. Usted ha tratado, salvo dos apuntes al comienzo de su intervención, de que esta sesión parlamentaria se centrara casi en exclusiva en la tan traída y llevada convergencia con Europa, y nos envió una comunicación que esconde los problemas de la gente, las dificultades del momento y la realidad de la calle. Usted ha dado la espalda hoy a la auténtica situación de España, y usted, tal vez, ha intentado evitar un debate con la oposición porque, a la vista de lo ocurrido en estos últimos meses, ese debate a la fuerza se tiene que convertir en una auténtica comisión de investigación sobre el Gobierno.

Nosotros, señorías, venimos al Congreso de los Diputados a hablar del estado de la nación española, y yo voy a hacer eso precisamente, hablar de España y a los españoles de lo que nos está pasando para superar este período de atonía nacional del que es urgente salir.

Permitame, señor González, que le diga que no puede usted hacer girar este debate en torno a una obviedad. Nuestra deseable unión con Europa es un proyecto colectivo que cuenta con el respaldo general, sean cuales sean sus dificultades, pero tampoco puede usted intentar convertir este debate en un ejercicio sistemático de ocultación. Tiene que responder de la realidad española de hoy y no refugiarse en los años venideros, no creando esa especie de hipnosis que le llevó en el año 1989 a no dar cuenta de nada, porque había que pensar en 1992, y que ahora le lleva a hablar de 1997 como nuevo horizonte de las tareas nacionales para seguir sin dar respuesta a la realidad española del momento. A la vista de esta experiencia se diría que usted dibuja esos nuevos horizontes casi sin otra intención que la de que los españoles sigan ejercitándose en la virtud de la paciencia.

Yo me pregunto, mi grupo se pregunta, si estamos hablando realmente del mismo país. ¿Hablamos de un país en el que la gente ha rebajado, desgraciadamente, su confianza en las instituciones porque en gran medida las ve al servicio de un partido? ¿Hablamos de un país en el que la palabra

que más se oye es corrupción y en el que por todos los medios se nos quiere inculcar que no existe una alternativa política al gobierno socialista? ¿Estamos hablando de un país al que la OCDE acaba de tener que llamar al orden para que ponga fin a la escalada suicida del crecimiento del déficit público, en el que la conflictividad y la crispación van en aumento, en el que seguimos con la tasa de paro más elevada de Europa y en el que han tenido que salir del Gobierno un vicepresidente y un ministro de su gabinete acosados por los escándalos? ¿Hablamos del país de Renfe y del país de Ibercorp? ¿Hablamos del país de la crisis industrial en tantas zonas, desde Asturias a Murcia, desde León a Canarias? ¿Hablamos del país de la llamada "Ley Corcuera"? Pues, hagámoslo...

Hagámoslo, señor Presidente, con rigor y con honestidad, aceptando las cosas como son y no tratando de disimularlas para confundir una vez más a los españoles.

El tiempo nos apremia, todos lo sabemos, y debemos preguntarnos qué hemos de plantear a la nación española en estos momentos. Yo creo que hay que plantearle, nada más y nada menos, que hay que cambiar a fondo muchas cosas en nuestra vida política y en el seno de esta sociedad a la que pertenecemos.

Comparto, señor González, una preocupación semejante a la de su ministro más popular y más veterano cuando lisa y llanamente afirmó o pensó en voz alta que es el momento de elegir entre una dulce decadencia, no catastrófica, o estar en el mundo. Pues bien, ante este estado de cosas hay que hablar precisamente de las necesidades y oportunidades que se le presenta al conjunto de la nación.

Nosotros traemos a esta Cámara la esperanza de los que creen que es posible todavía una nueva política, una nueva política en la que, como dijo Ortega, lo más importante no será la captación del gobierno de España sino que lo único importante será el aumento y el fomento de la vitalidad de España. ¿Y por qué es necesario fomentar y aumentar la vitalidad española? ¿Por qué es necesario que nuestra sociedad recobre la vitalidad? Porque a lo largo de los dos últimos años una de las más graves consecuencias de su

actuación política es que se ha producido un doble desencuentro: por un lado, un desencuentro entre los ciudadanos y la política; por otro lado, un desencuentro entre la sociedad y las instituciones. Y no puede seguir ese desencuentro porque la sociedad, las instituciones, los ciudadanos y la política forman un todo en ese conjunto de ambiciones al que llamamos nación. Usted tiene una grave responsabilidad en la creación de ese ambiente de inhibición y desencanto.

Ustedes han hecho de la ocupación de las instituciones una estrategia implacable y han modificado las reglas del juego, que ha destruido aquel estilo limpiamente competitivo de la transición con el único objetivo de garantizarse y asegurarse la permanencia en el poder. Ustedes han confundido la Administración y las instituciones con su partido, su partido con el Gobierno y el Gobierno con el Estado.

Ya sabíamos de su poca simpatía por el sistema de división de poderes, pero no era imaginable que, además de querer controlar el ejecutivo, el legislativo, el judicial y hasta el cuarto poder —la comunicación—, intentaran manejar también todo aquello que emerge de la sociedad, desde las asociaciones de vecinos a los colegios profesionales, desde las asociaciones de consumidores a las juveniles, del mundo de la cultura a los clubes de empresarios. “Lo hemos tocado todo”, dijo usted. Tal vez, digo yo, con la pretensión de controlarlo todo. Cuando se quiebran los equilibrios institucionales, señor Presidente, señoras y señores Diputados, cuando se quiebran los equilibrios institucionales, repito, las instituciones se transforman en instrumentos partidistas. Y por apropiarse se han apropiado ustedes hasta de la Cruz Roja.

La consecuencia directa de todo esto es un estilo abusivo de gobierno que viene definido, en gran medida, porque ustedes quieren asignar papeles a todas y cada una de las fuerzas políticas y sociales. El Gobierno se empeña en decir cuál es el papel que deben jugar los sindicatos, la prensa, los empresarios, todos los estamentos sociales, y hasta cómo debe comportarse la oposición. Cuando alguien no cumple fielmente ese papel asignado por el poder, la reacción es inmediata: se le acusa de desestabilizador, de estar poniendo

actuación política es que se ha producido un doble desencuentro: por un lado, un desencuentro entre los ciudadanos y la política; por otro lado, un desencuentro entre la sociedad y las instituciones. Y no puede seguir ese desencuentro porque la sociedad, las instituciones, los ciudadanos y la política forman un todo en ese conjunto de ambiciones al que llamamos nación. Usted tiene una grave responsabilidad en la creación de ese ambiente de inhibición y desencanto.

Ustedes han hecho de la ocupación de las instituciones una estrategia implacable y han modificado las reglas del juego, que ha destruido aquel estilo limpiamente competitivo de la transición con el único objetivo de garantizarse y asegurarse la permanencia en el poder. Ustedes han confundido la Administración y las instituciones con su partido, su partido con el Gobierno y el Gobierno con el Estado.

Ya sabíamos de su poca simpatía por el sistema de división de poderes, pero no era imaginable que, además de querer controlar el ejecutivo, el legislativo, el judicial y hasta el cuarto poder —la comunicación—, intentaran manejar también todo aquello que emerge de la sociedad, desde las asociaciones de vecinos a los colegios profesionales, desde las asociaciones de consumidores a las juveniles, del mundo de la cultura a los clubes de empresarios. “Lo hemos tocado todo”, dijo usted. Tal vez, digo yo, con la pretensión de controlarlo todo. Cuando se quiebran los equilibrios institucionales, señor Presidente, señoras y señores Diputados, cuando se quiebran los equilibrios institucionales, repito, las instituciones se transforman en instrumentos partidistas. Y por apropiarse se han apropiado ustedes hasta de la Cruz Roja.

La consecuencia directa de todo esto es un estilo abusivo de gobierno que viene definido, en gran medida, porque ustedes quieren asignar papeles a todas y cada una de las fuerzas políticas y sociales. El Gobierno se empeña en decir cuál es el papel que deben jugar los sindicatos, la prensa, los empresarios, todos los estamentos sociales, y hasta cómo debe comportarse la oposición. Cuando alguien no cumple fielmente ese papel asignado por el poder, la reacción es inmediata: se le acusa de desestabilizador, de estar poniendo

mente que éste es el país en el que se puede ganar más dinero en menos tiempo, sin que ello cree un modelo de comportamiento económico preocupante? ¿Es que se puede admitir que la cultura del enriquecimiento fácil, del “pelotazo” y del amiguismo estén sustituyendo al esfuerzo, al trabajo y a la iniciativa creadora?

Impulsar una nación, señoras y señores Diputados, es promover la riqueza, desarrollar la cultura, fundar empresas. Construir un país es crear trabajo y saber que el esfuerzo individual y el esfuerzo colectivo sirven para mejorar el país y el bienestar de todos y cada uno de los ciudadanos.

En relación con lo que estamos hablando, ¿tendremos el valor suficiente, señorías, de atrevernos a hacer el balance del año? Este ha sido el año de la especulación con los terrenos de Renfe, el año de Filesa, el año de Ibercorp. Este ha sido el año de políticos que han tenido que salir del escenario a consecuencia de los escándalos. Este ha sido el año de reiteradas demandas de comisiones de investigación, alguna aceptada, con mal resultado, otras, desde luego, siempre desdeñadas, que han dado lugar a muchos abstencionismos y a muchos problemas.

Ante estos problemas, señor González, se pueden adoptar dos actitudes: taparlos, que es lo que ustedes quieren hacer mirando siempre para otro lado, o intentar solucionarlos, que es lo que se le pide a los gobernantes y que también ha sido lo que nosotros hemos hecho presentando ante esta Cámara diez propuestas, justamente para intentar mejorar la situación, que ahora nosotros pedimos que se estudien y que se trate sobre ellas para garantizar un mejor clima en la sociedad española. Lo que ocurre es que esas propuestas solamente merecieron una imprudente descalificación por parte del Gobierno, de un Gobierno que reaccionó diciendo: ustedes lo único que tratan es de paralizar la Administración y nada menos que de resucitar los manguitos.

Pues bien, ustedes mismos han reconocido que en algunas cosas han reaccionado tarde y han reaccionado mal. Tenemos el último ejemplo reciente, que es el caso Ibercorp. ¿Cree usted, señor González, que este país puede seguir con

mente que éste es el país en el que se puede ganar más dinero en menos tiempo, sin que ello cree un modelo de comportamiento económico preocupante? ¿Es que se puede admitir que la cultura del enriquecimiento fácil, del “pelotazo” y del amiguismo estén sustituyendo al esfuerzo, al trabajo y a la iniciativa creadora?

Impulsar una nación, señoras y señores Diputados, es promover la riqueza, desarrollar la cultura, fundar empresas. Construir un país es crear trabajo y saber que el esfuerzo individual y el esfuerzo colectivo sirven para mejorar el país y el bienestar de todos y cada uno de los ciudadanos.

En relación con lo que estamos hablando, ¿tendremos el valor suficiente, señorías, de atrevernos a hacer el balance del año? Este ha sido el año de la especulación con los terrenos de Renfe, el año de Filesa, el año de Ibercorp. Este ha sido el año de políticos que han tenido que salir del escenario a consecuencia de los escándalos. Este ha sido el año de reiteradas demandas de comisiones de investigación, alguna aceptada, con mal resultado, otras, desde luego, siempre desdeñadas, que han dado lugar a muchos abstencionismos y a muchos problemas.

Ante estos problemas, señor González, se pueden adoptar dos actitudes: taparlos, que es lo que ustedes quieren hacer mirando siempre para otro lado, o intentar solucionarlos, que es lo que se le pide a los gobernantes y que también ha sido lo que nosotros hemos hecho presentando ante esta Cámara diez propuestas, justamente para intentar mejorar la situación, que ahora nosotros pedimos que se estudien y que se trate sobre ellas para garantizar un mejor clima en la sociedad española. Lo que ocurre es que esas propuestas solamente merecieron una imprudente descalificación por parte del Gobierno, de un Gobierno que reaccionó diciendo: ustedes lo único que tratan es de paralizar la Administración y nada menos que de resucitar los manguitos.

Pues bien, ustedes mismos han reconocido que en algunas cosas han reaccionado tarde y han reaccionado mal. Tenemos el último ejemplo reciente, que es el caso Ibercorp. ¿Cree usted, señor González, que este país puede seguir con

convergencia europea, porque si hay algo que no es europeo son fórmulas que se siguen practicando en algunos sitios de caciquismo; porque si hay algo que no es europeo son claramente problemas que arraiguen, problemas como el de la corrupción.

Por eso hay que enfrentarse ahora a esos problemas de una forma distinta a como ustedes lo han hecho. Y naturalmente que tenemos que esforzarnos si queremos salir del atolladero en el que usted y su política nos han metido, pero habrá que hacerlo desde nuevos supuestos y con otro talante, habrá que hacerlo con otra política económica, habrá que hacerlo con una política social más justa y menos electoralista, habrá que hacerlo con unos servicios públicos que le recuerden al conjunto de los ciudadanos españoles que cuando usted dijo que el cambio consistía en que España funcionase se estaba refiriendo realmente a este país.

Usted, olvidando esa parte de la realidad, insisto, de la que trata permanentemente de huir, ha venido hoy aquí a presentar básicamente un debate sobre objetivos —lo que no ha querido tratar se lo ha remitido al ministro de Economía—, objetivos a medio y largo plazo para la economía española, y ha engarzado esos objetivos, esas ideas, en el proceso de construcción europea. Y ha pedido para ese programa y para las medidas instrumentales que lo acompañan —así lo he creído entender yo— el mayor grado de apoyo social y político.

¿Recuerda usted, señor González, cuál fue el pretexto para la disolución anticipada del Parlamento y la convocatoria de elecciones generales en 1989? Pues algo muy parecido a lo que acaba de plantear usted aquí, con lo cual da a entender claramente que hemos perdido, como nosotros le decimos, lamentablemente más de dos años desde el punto de vista económico, y creo que también desde el punto de vista de los intereses de la sociedad española. Era preciso, decía usted entonces, abrir una nueva etapa de preparación intensa para poder cumplir con éxito los compromisos de 1993, es decir, el fin del proceso de integración de España en la Comunidad y el comienzo del mercado único.

Esta mañana ha dicho que, básicamente —y además recoge algo que se refleja en la comunicación—, para el cumplimiento de las condiciones derivadas del Tratado de Maastricht no era necesario modificar la orientación actual de nuestra política económica hacia el control y la mejora de los equilibrios básicos de nuestra economía. Permítame que le diga una cosa: si eso fuera cierto, si no fuera necesario modificar la orientación de nuestra política económica actual, ¿qué necesidad tendríamos de un plan de convergencia como el que usted nos anuncia? Bastaría con mantener la actual política económica y, desde luego, bastaría con hacer una cosa más sencilla: ni siquiera remitirse a los resultados de la media comunitaria; no remitirse a ningún resultado.

Usted sabe muy bien que el Tratado de Maastricht impide el que usted se refiera, si queremos hablar de la realidad española, a las medias comunitarias cuando habla de la sociedad y de la economía española, y la tiene que referir a la de los países centrales de la Comunidad. Pues bien, veamos los resultados en los dos últimos años de esa política. Veamos lo que se podría denominar el cuadro macroeconómico, el cuadro de credibilidad macroeconómica de su Gobierno, que, desde luego, permítame que se lo diga, en los términos de objetivos políticos no resiste el menor análisis.

El crecimiento de los precios era en agosto de 1989 del 6,6 %, ahora es el 6,8 %; el déficit del sector exterior representaba en 1989 el 2,9 %, ahora supera el 3 %; el déficit del sector público era del 3,5 %, ahora pasa del 4,5 %, y la deuda pública, que era del 43 %, ahora pasa del 45,5 %. Es decir, que los grandes desequilibrios de la política económica del Gobierno que no hay que modificar no sólo no se han reducido sino que han aumentado estos dos últimos años.

Vamos a suponer que el esfuerzo que había que hacer para mantener no ya los equilibrios, sino esos desequilibrios, tuviera la contrapartida —no voy a decir, porque sería una aspiración poco razonable por nuestra parte, de unos mejores servicios— de que no se hubiese frenado la actividad económica y no se hubiese hundido el crecimiento de la inversión y del empleo, pero el resultado ha sido que los

desequilibrios no sólo no se han reducido, sino que han aumentado y que, además, se ha frenado la actividad económica y se ha hundido el crecimiento de la inversión y del empleo.

En el año 1989 la inversión creció un 13,8 %, y en 1991 un raquítico 1,6 %. La inversión en bienes de equipo, que creció en 1989 a un ritmo del 12 %, cayó en 1991 hasta el pozo de un crecimiento negativo de menos 2,5 %. La economía, que crecía al 4,8 %, en 1991 creció exactamente a la mitad, el 2,4 %. Y, como consecuencia, la creación de empleo pasó de 482.784 puestos de trabajo en 1989, a 31.000 en 1991, es decir, exactamente quince veces menos. Y, aun así, esa cifra es engañosa, porque se incrementaron en 43.000 los empleos públicos; por tanto, se destruyeron 12.000 privados. Por cierto que nos alegramos mucho de que se congelen las ofertas de empleo público, pero esperamos que el señor González diga cómo piensa crear empleo a partir de estos datos.

Ustedes han estado a punto de cuadrar ese círculo: parar la actividad y no reducir los desequilibrios. Han llevado el enfriamiento a los límites de la congelación y no han conseguido nada a cambio. Este es su bagaje a la hora de pedir ahora confianza a la sociedad española, este es el resultado de dos años de gestión de Gobierno, y nosotros tenemos que decirle que, la verdad, no es ni mucho menos un aliciente suficiente para confiar en usted. Bien es cierto que cuando la realidad no encaja en sus previsiones siempre hay alguien sobre quien descargar la responsabilidad, excluido, naturalmente, el propio Gobierno. Si se destruye empleo, porque al final del año pasado teníamos 60.000 ocupados menos que a finales del noventa, la culpa, como es natural, la tienen los crecimientos salariales. Si cae la inversión, la culpa la tienen los empresarios. Si el déficit público crece, ahí están para pagar el pato las autonomías y los ayuntamientos. Y si se estanca la economía, lógicamente, la culpa la tiene la coyuntura internacional. Tan es así, que ha llegado usted a decir que la sociedad española en su conjunto es inflacionista. ¡Como si tuviésemos los españoles una especie de gen raro que nos distinguiese de los demás

países europeos, que, por cierto, no parece que tengan esos problemas! Algunos, efectivamente, es posible que lo tengan.

La realidad para nosotros es que, en materia de política económica, van ustedes a la deriva desde el año 1988; han perdido la brújula, no hacen más que una política de bandazos que ha terminado por desorientar, primero, y desalentar, después, a todo el mundo. Su responsable de economía, al que un benévolo y divertido dibujante caracteriza como un mago, ha resultado, al final, no ser más que un aprendiz de brujo al que le están sonando ya todas las señales de alarma.

Cuando ustedes intentan tapar un agujero se les abre otro. Cuando acuden a frenar la inflación con altos tipos de interés, se les llena España de divisas y les presionan los precios al alza. Y lo que puede tener aún más graves consecuencias: arruinan al sector industrial, que ve, en primer lugar, dificultadas sus exportaciones, y se encuentran, en segundo lugar, con la imposibilidad de competir con los costes energéticos, financieros y fiscales que impone la política del Gobierno. ¡Qué oportunidad ha perdido usted esta mañana, señor González, para insuflar un poco de ánimo, de esperanza y de ganas de conquistar el futuro a los sectores industriales españoles! A los que quedan.

Han encarecido artificialmente nuestro primer sector exportador, como es el turismo, y, desde luego, nosotros tenemos que decir que al final la situación plantea caracteres preocupantes y que falla, como de costumbre, un factor clave, que es el de la credibilidad. Ni empresarios ni trabajadores creen en sus previsiones o en sus planes. Y por el cultivo de insolidaridad que ustedes han ido fomentando durante todos estos años nadie parece, en la sociedad española, dispuesto a ceder, ni en sus posiciones ni en sus privilegios.

¿Cómo van a pedir ustedes ahora austeridad, cuando son el ejemplo más claro en su gobierno del despilfarro? ¿A quién van a convencer de que serán capaces de controlar el gasto público cuando en los años que recaudaban mucho más de lo previsto generaron unos agujeros negros en el Insalud y en el Inem que superan el billón de pesetas?

¿Quién tiene ahora la responsabilidad de que los españoles tengan que pagar más de un billón de pesetas por una gestión catastrófica del Insalud y del Inem? ¿Cómo creer ahora, cuando se dijo que en el año 1993 el déficit público iba a estar a cero, que el año 1996 el déficit público va a ser el uno?

Pero ustedes no solamente se han quedado en eso. Ustedes sólo abordan los problemas cuando estallan, como lo tuvieron que hacer en Asturias, como lo tuvieron que hacer en Murcia, donde se tuvo que asaltar un parlamento para que ustedes se diesen cuenta.

Al final, por no abordar los problemas a tiempo no resuelven nada y dan la sensación de una debilidad y de una falta de decisión realmente alarmante al no abordar las raíces del problema. Lo único que han conseguido ustedes, señores del Gobierno, es que haya veces en que la negociación se termine como en Llodio, usando lanzacohetes, en medio de una arrogancia inútil, que es el peor síntoma de una debilidad muy profunda.

Y lo que ocurre también en este momento en la sociedad española es que, por esa sensación de debilidad y de cesión que ustedes están dando, los que tienen menores mecanismos de presión se encuentran doblemente desamparados. En primer lugar, por su propia situación y, en segundo lugar, porque no encuentran audiencia en un Gobierno, por razonable que sea su causa. Estoy pensando en esos miles de pequeñas y medianas empresas y en sus trabajadores, que se encuentran en una situación de crisis y que forman el gran núcleo del tejido industrial y de lo que sustenta el empleo en España. Estoy pensando también en los agricultores y ganaderos que, además de padecer una mala negociación con la Comunidad, ven cada año cómo aumentan los precios de sus compras y disminuyen los precios de sus ventas.

Nos hemos gastado billones de pesetas en una mala reconversión, y el Gobierno no se ha ocupado en ningún momento de las apremiantes necesidades del sector agrario español. No se le explica cuál es la posición del Gobierno en relación con la PAC, y se afirma que se van a defender

las explotaciones agrarias cuando no figuran ni en los planes presupuestarios del Gobierno.

Al final, señor Presidente, nos podemos encontrar con media España desmantelada y media España subsidiada, desgraciadamente. Nos podemos encontrar en una crisis que golpea en Asturias, en el País Vasco, en Cantabria, en Murcia, en Galicia, en las dos Castillas o en Extremadura. Eso es la consecuencia de una política de enfriamiento sin reestructuración, que lo único que ha conseguido es paralizar la economía y crear crispación e incertidumbre en la sociedad española. Y usted ahora, con el argumento de la convergencia europea, señor González, nos pide ayuda a todos para corregir sus propios errores.

Le recordaré, señor Presidente, el debate de presupuestos de 1990, donde su Gobierno consensuó y luego no cumplió; le recordaré el debate del estado de la nación de 1991, donde su Gobierno consensuó y luego no cumplió; le recordaré las ofertas de julio y de septiembre de 1991, donde también su Gobierno consensuó y no cumplió. Y, al final, la mejor prueba que pudo usted dar, la mejor prueba que pudieron ustedes dar han sido los presupuestos generales del Estado para este año, engañando a todo el mundo, al presentar unos presupuestos que eran exactamente lo contrario de lo que necesitaba el país. Por eso, escucharle esta mañana decir a usted que en los próximos años no se puede gastar más de lo que se produce, lo que produce realmente es risa, si no fuese para preocupar con severidad a este país. Porque, con Maastricht o sin Maastricht, la actual política económica del Gobierno es insostenible, y a usted se lo dice todo el mundo. Y ahora de lo que hay que hablar también es de quién nos ha traído esta situación, es de quién se responsabiliza de tanta equivocación y de tanto desatino. No podemos aceptar que, una vez más, se intente que consensuemos unos diagnósticos o unos objetivos que son indiscutibles para mantener luego políticas como la de los Presupuestos Generales del Estado, que son inaceptables para las necesidades del país.

Lo que realmente nos separa cada vez más de la Europa desarrollada, de los países centrales de la Europa desarro-

llada, no es tanto el diferencial de inflación o el del déficit del sector público, que pueden corregirse en un período de dos o tres años, sino nuestra bajísima tasa de actividad y de empleo. Permítame que le recuerde, señor González, unas cifras. Si de cada cien alemanes trabajan 44, si de cada cien franceses trabajan 38, si de cada cien británicos trabajan 45 o de cada cien italianos trabajan 36, difícilmente puede producirse la convergencia real de la economía española mientras que de cada cien españoles no llega a 32 el número de los que trabajan. Construir un modelo como el que ustedes han hecho, que genera poco empleo, hace muy difícil alcanzar los niveles de bienestar y de desarrollo de la Comunidad.

Por lo tanto, nuestro problema ya no es de diagnósticos ni de definición de las medidas necesarias, nuestro problema es de falta de capacidad política del Gobierno para aplicarlas. Y nosotros creemos que ni usted, señor González, ni su Gobierno pueden articular ya un proyecto que cambie esa situación de la sociedad española no ya en el año 97, sino, poniendo un objetivo más modesto, de aquí a lo que va a fin de año. Y no lo creemos porque se encuentra usted, como ha demostrado, en una maraña de contradicciones internas y de intereses electoralistas a corto plazo, que hace que una apelación suya a una gran ambición nacional suene en sus labios simplemente a retórica.

No es justo ni creíble en estos momentos pedir continuos esfuerzos a un país en el que un ciudadano normal tiene que dedicar la mitad de su trabajo a pagar impuestos y cotizaciones sociales a cambio de unos servicios malos, caros e ineficaces. Y es que no existe la proporción adecuada entre los servicios que pagan los ciudadanos y los que la Administración les devuelve. Ello obedece, desde nuestro punto de vista, a dos cosas. Primero, porque ustedes eligen mal las prioridades en el gasto público y, segundo, porque son unos pésimos gestores. Después de nueve años de gobierno resulta cruel tener que escuchar que la culpa de que no funcione Correos la tienen los españoles por escribir demasiadas cartas; que la culpa del estado de las carreteras y de que éstas no sean suficientes la tienen los ciudadanos,

porque les ha entrado la manía de circular por ellas; que la culpa de que los teléfonos funcionen mal es de que ha arraigado en los ciudadanos la funesta manía de hablar por ellos, y que la culpa de que en los hospitales haya colas no la tiene usted, sino que hay gente que tiene la desagradable ocurrencia de ponerse enfermo. Pues bien, el ciudadano, el contribuyente, el usuario y el consumidor es algo más que una máquina de pagar impuestos y demanda una eficacia en la prestación de servicios que, desde luego, ustedes no están en condiciones de dar.

Como resulta un sarcasmo —eso sí que resulta un sarcasmo—, señor González, que nos digan ahora, después de nueve años de gobierno, que van a hacer un esfuerzo por modernizar la Administración pública. Su Gobierno va a pasar a la historia por haber producido un retroceso en la Administración pública española en materia de calidad, en materia de politización, en materia de capacidad y en materia, desde luego, de multiplicación de cargos, de falta de profesionalidad y de clientelismo político, que nos hace decirle: mejor que no la toque. No hagan más esfuerzos por modernizar la Administración pública. Mejor, repito, que no la toque; déjela como está.

Nosotros hemos creído, y usted ha hecho una pequeña referencia a ello, que un paso que debía ser decisivo para la mejora de la Administración ha sido la firma del pacto autonómico, una de cuyas prioridades puede ser la agilización de la Administración. Permítame que diga que considero positivo que el Partido Popular, junto al Partido Socialista que gobierna en la mayoría de las comunidades autónomas, haya suscrito un acuerdo de este tipo que ayuda a configurar definitivamente el Estado de las autonomías y quiero utilizar esta oportunidad para invitar al resto de fuerzas políticas que lo consideren conveniente a incorporarse a este acuerdo.

Sólo ha quedado, desde nuestro punto de vista, un problema importante por resolver, que ya fue objeto de tratamiento en el debate del estado de la nación en una moción aprobada en el mismo el año pasado. Me estoy refiriendo a los estatutos de Ceuta y Melilla. Yo espero que de este

debate salga también el definitivo compromiso de aprobación de esos estatutos de Ceuta y Melilla.

Ha hablado usted también de seguridad ciudadana, de lucha contra la delincuencia, y ha hecho una levisima mención —lo ha citado— a un tema capital, que es el de la droga. La droga se ha convertido en los últimos años en el segundo gran problema nacional, y no lo era en 1982. Durante los dos últimos años su Gobierno no ha producido ni una sola medida legislativa con respecto a la rehabilitación de drogadictos y a la lucha contra el dinero de la droga, y tengo que preguntar por qué. Ustedes no solamente no han propuesto nada, sino que han impedido que las propuestas de otros se hiciesen efectivas, incluso aquéllas que estaban contenidas en su propio programa electoral. Los narcotraficantes, junto con los terroristas, siguen sin cumplir íntegramente sus penas, y el Gobierno, una vez más, incumple aquí sus programas electorales.

Usted mismo rehuyó comparecer en esta Cámara para tratar en un debate monográfico el tema de la droga, para hacer el balance de las medidas policiales, preventivas y sanitarias, y, desde luego, esa contumaz resistencia a debatir sobre ese problema dice ante la sociedad española bastante poco de su sensibilidad. Permítame que le diga que debe usted, señor González, asumir la política de penalizar definitivamente el consumo, de facilitar la apertura, al menos, de un centro de rehabilitación por provincia y de legislar, que tendrá nuestro apoyo, para que cumplan íntegramente las condenas los narcotraficantes, porque será la forma mejor de inclinar la balanza a nuestro favor y no que, como ocurre ahora, la sociedad española siga perdiendo la batalla de la droga. En eso, señor Presidente, tendrá nuestro apoyo. En lo que significan pasos contrarios, desde nuestro punto de vista, al consenso constitucional, como es la recientemente mal llamada y aprobada Ley Corcuera, no lo tendrá, porque esa no es la decisión de un ministro sino la decisión de un Gobierno y de un partido que había proclamado unos valores diametralmente opuestos. De verdad le tengo que decir que soy el primer sorprendido de tal decisión, sin duda muy grave, para la seguridad jurídica de los ciudada-

nos, convertidos todos en potenciales sospechosos, como si la letra y el espíritu de la Constitución de 1978 fuesen un papel mojado. Resulta asombroso que un Gobierno, genuinamente democrático, haya apostado por semejante alternativa a espaldas de los jueces y confiriéndose unos poderes de excepción que corresponden, en cualquier Estado de derecho, a los tribunales. Suya será la responsabilidad, pero ni por su entendimiento de las libertades, ni por su eficacia, nosotros esperamos nada de esa ley.

Y concluyo, señor Presidente.

España es una gran nación histórica que dispone de la fuerza suficiente para estar entre los países más dinámicos de la Comunidad Europea. El debate del estado de la nación no es sólo hablar de desniveles económicos con Europa, del esfuerzo que es necesario para llegar a converger de una manera natural y estimulante con los países más avanzados de la Comunidad; no es sólo un problema de inflación o de paro, de servicios que no funcionan o de bajos índices de productividad, es, además, un problema moral, un conflicto con nosotros mismos ante la ausencia de un proyecto estimulante y ante malos ejemplos permanentes que desde el poder y sus alledaños reciben los ciudadanos.

La realidad es que la sociedad no es culpable de no verse adecuadamente servida. Lo que sucede es que la sociedad se ha puesto por delante del Gobierno y el Gobierno es incapaz ya de atender a la sociedad en condiciones. Por eso hay que recuperar la confianza y abordar este año de 1992, con los acontecimientos históricos que se han dado cita en España, con seguridad en nosotros mismos, sabiendo que la cita de 1992 era algo más importante, tenía que ser algo más importante que la organización de la Exposición universal, de los Juegos olímpicos o de la capitalidad cultural. Pero para que esa confianza impregne toda la sociedad hay que recuperar contenidos éticos, hay que recuperar el equilibrio institucional, hay que recuperar el sentido de la competitividad y hay que recuperar la eficacia. Y para atenderla en condiciones hace falta una política diferente, que es, a su vez, una nueva política que mande definitivamente al desván

tantos modos y tantas políticas caducas en la sociedad española.

En esta hora de rectificaciones necesarias para nuestra sociedad, de cambios auténticos que demanda nuestro país, su mandato, señor González, se acaba como su crédito político, en un capítulo de la historia que, a nuestro juicio, está a punto de terminar. Nosotros no queremos que esa historia suya, que coincide con la de todos nosotros, siga deslizándose por ese tobogán de frustraciones y de incertidumbres, porque, como dijo un político hace años, un político que es patrimonio de todos los demócratas españoles, y lo dijo desde los escaños de esta Cámara: la primera obligación de todos, y la nuestra también, es evitar, pero sobre todo es luchar, por que España, una vez más, no se quede sentada al borde del sendero de la historia.

Muchas gracias.